

aravilloso y rotundo universo de la gran escritora uruguaya, que hace pocos días en el aire casi, como ella misma diría en la elegía dedicada a su madre muerta.



EL GOZO DEL JARDÍN

«Verdes, color rosa, anilladas, dibujadas. Se dice de ellas que tienen relaciones consigo, y se las ve en el espasmo.

O rígidas como un dedo alcanzan a beber en la fuente de las rosas. Están emparentadas con las rosas, las romelias y el peral. Las consideran sólo ensueños, representación de los pecados de los hombres.

Pero yo, de niña, a la luz del sol y de la luna, creo en ellas. sé que son, de verdad.

Las ví abrir los labios, negros como la noche, la dentadura de oro, en pos de una almendra, jugando y peleando; y en el amor a solas, retorcerse hasta morir».

(De *Papeles salvajes I*)

El invierno es una casa cerrada, sin pintar. Es un altar boca abajo. El descenso a los infiernos. No la habitual hoguera, sino el piso fracturado; los tablonnes rotos, llevan a otro piso igual, y a otro.

Ése desciende a los infiernos con un vestido rojo que tiene ala. No sé quién es. Ya bajaron dos o tres. Para siempre, jamás.

En cada puerta sale y crece el lirio blanco; una mano de adentro, por una hendidura, lo saca y lo pone en la olla. Él hierve en el frío, se esponja como nieve. Por un rato hay hilachas blancas por todo el cuarto.

Dentro de la cama yo ofrezco mi ostra, pequeña, oval, ribeteada de coral, por donde Juan lleva y hunde su puñal. Que me parte en dos. Después, yo lo abrazo. Como si no me hubiera querido matar.

(De *Rosa Mística*)

Estaba con los animales. Era de día y de noche; Oscuro, claro.

Parad en dos pies, con las manos sobre una piedra, el oso me remiraba. La larga boca abierta y la baba brillante goteando lágrimas. Esperaba más allá un elefante, cuya trompa fállica copulaba en la tierra, para entusiasmarse. Yo lo miraba, y al oso; a punto de conceder.

Pero elegí la cebra. Que se había elegantemente Conservado en otro plano. Las rayas, de tan nítidas. Titilaban, se le movían.

Me acerqué (los otros animales gimieron, partido el éxtasis).

Yo miré, y sí, era una cebra macho.

El macho de cebra me fichó, me reprochó mis amorosos dolores con el oso y el elefante. Exhibía sus bajos con puntas de plata.

En un minuto estuvo todo hecho.

Yo dije Ah y me corrió un poco de sangre de la Boca y de la otra boca, como si hubiera perdido al-

gún clavel y una rosa.

Comenzamos a huir; de tanto en tanto nos deteníamos a repetir el hecho. Mi herida se resolvía misteriosa.

...Iban el macho de cebra y señora, velozmente, por el campo raso, bajo el cielo y sus estrellas, tantas que algunas se caían por el suelo.

(De *Rosa Mística*)

La noche en que te conocí, 24 de agosto y llovía.

Iba con mis padres y hermana y nos refugiamos en un Portal.

Rodaron mis caravanas, verde-azul de luna, o acaso sólo Cayó una. Y la recogí. Ella dijo (la caravana): Viste ese rostro Extraño. Yo contesté: No sabía que existía.

Y ¿cómo imaginarme el hechizo y la relación tan rara?. Los años siguientes, largos, pero con rapidez de nube.

...Allá lejos, está una niña y aguarda una respuesta. O acaso sea sólo un hada cambiando los jazmines.

(De *La flor de lis*)



Marosa di Giorgio